

se suma toda la perfección evangélica; virtudes muy antiguas, pero muy nuevas y nunca oídas en el mundo; y llámolas con el nombre nuevo de bienaventuranzas, aunque á la carne son amargas. Pondera cómo aquí se cumplió lo que dice de Él la Esposa¹; que sus labios son como lirios que destilan la mirra primera; porque, abriendo su boca, destiló esta primera vez por sus labios con gran blandura y suavidad estos ocho actos de virtud y mortificación muy escogida, amargos al gusto de la carne, pero olorosos á Dios y provechosos al espíritu; poderosos para preservarle de toda corrupción de culpa, endulzándolos con el premio que prometió y con el modo que los proponía. Mira también cómo Cristo nuestro Señor vuelve en esta ocasión por el honor de estas virtudes, que estaban en el mundo muy desechadas y aborrecidas; teniéndolas, no por bienaventuranzas, sino por desdichas; huyendo de ellas, y abrazando las cosas contrarias. Jesús, empero, honra á cada una con un nombre muy glorioso, y con un premio muy esclarecido, y, sobre todo, con su raro ejemplo; porque, como no fuese capaz, en cuanto Dios, de pobreza, llanto y persecuciones, quiso bajar del cielo y hacerse hombre para ejercitar los actos de estas virtudes, y descubrirnos los tesoros que estaban escondidos dentro de ellas. De este modo estas ocho bienaventuranzas han venido á ser como ocho escalones de la escalera del cielo, por los cuales se sube á la cumbre de la santidad y unión con Dios. ¡Oh Maestro soberano! Gracias os doy por haber sacado al mundo del error en que se hallaba en orden á estas virtudes, con vuestra doctrina y ejemplo. De hoy más las tendré por bienaventuranzas, como vos las llamáis, y las miraré como la escalera del cielo, esforzándome en subir por ella hasta llegar á la eterna bienaventuranza.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien empieza Jesucristo los oficios de maestro, legislador y consejero que le ha encomendado su Padre! Sentado sobre la cumbre de un monte, para significar la perfección que encierra su doctrina, y á que conduce á los que la siguen, abre su boca Aquel que hasta entonces había abierto las bocas de los profetas, y comienza á enseñar, á dar leyes y á promulgar consejos. Pero ¡qué doctrina tan celestial enseña! ¡Qué leyes tan sabias dicta! ¡Qué consejos tan santos nos da! Él es Maestro, mas no como los otros, que solamente enseñan exteriormente, sino que también da luz al entendimiento para que se comprendan sus enseñanzas; es Legislador, que, no sólo impone preceptos, sino que ayuda para cumplirlos; es Consejero, que no se satisface con aconsejar, sino que con su ejemplo y gracia hace amar sus consejos. Y no se contentó con ejercitar estos oficios allá en el monte, y durante su vida mortal; ahora mismo sigue ejercitándolos, y lo hará hasta el fin del

¹ Cant., v, 13.

mundo. Él predicará por sí mismo, mediante las inspiraciones secretas, por los predicadores y por otros medios, la práctica de aquellas virtudes sublimes que llama bienaventuranzas, y que el mundo considera como desdichas, y las predicará como único camino que conduce á la verdadera felicidad. ¿Deseas tú ser discípulo de Jesús? Es preciso oír su doctrina, observar sus leyes y seguir sus consejos. ¿Lo has hecho así? ¿Qué debes reformar en tu conducta? ¿Puede Jesús honrarse con tener un discípulo como tú? ¡Ah! Si profundizas sobre esta reflexión, tu rostro se llenará de vergüenza. Despierta ya de tu letargo; haz los propósitos que te convienen, y, viendo tu impotencia para cumplirlos, pide con espíritu para ti y para todo el mundo.

56.—PRIMERA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo el Salvador: « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos ».

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús anunciando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber comprenderla y practicarla.

Punto 1.º En qué consiste la pobreza de espíritu.—Considera lo primero en qué consiste y qué grados abraza la pobreza de espíritu. La pobreza de espíritu no consiste en carecer absolutamente de los bienes temporales, sino en no tener el corazón aficionado á ellos, de modo que, cuanto más desapegado esté él, más excelente será la misma pobreza, la cual abraza cinco actos ó grados. El primero es renunciar con el espíritu y corazón las cosas temporales, quitando las aficiones desordenadas á ellas, y hallándote en la disposición necesaria de ánimo de dejarlas cuando fuere necesario para cumplir la voluntad de Dios. El segundo grado es más perfecto, y consiste en dejar con efecto y desprenderse voluntariamente de todas las cosas que posees, moviéndote á ello, no por ningún motivo bajo, sino con una voluntad espiritual y pura de agradar á sólo Dios, por obedecer al impulso del divino Espíritu que á ello te inclina. El tercero es vaciar y limpiar tu alma de todo espíritu y viento de vanidad y de toda hinchazón y presunción vana, despreciando cuanto pudieres con el corazón las pompas del mundo, ó dejándolas cuando puedes y te conviene para el divino servicio. El cuarto pasa más adelante, y es vaciar el espíritu de toda propiedad, desnudándole del propio juicio y de la propia voluntad con todos sus propios querer, si no es en cuanto son conformes con los de Dios, porque en tal caso ya no serán propios, sino comunes. El quinto y supremo acto de pobreza de espíritu es vaciarte de ti mismo, conociéndote por tan pobre, que de tu cosecha ninguna cosa buena tienes¹, si

¹ II Cor., III, 5.

Dios no te la da de limosna y de pura gracia, pues ni aun el ser que tienes es tuyo, sino de Dios, sin el cual eres nada. Ponderando estos excelentes grados de pobreza, te has de confundir y humillar profundamente, viendo cuánto distas de esta virtud, que es el fundamento de la perfección; porque tienes el corazón tan aficionado á los bienes terrenos, que, si no los tienes, los deseas con avidez; si los posees, tratas de conservarlos hasta con pérdida de tu alma, y cuando los pierdes, lo sientes más vivamente que la pérdida de la gracia y amistad divina. ¡Oh Espíritu divino, que infundisteis en los primeros cristianos tal espíritu de pobreza, que, vendiendo todas sus cosas, arrojaban su precio á los pies de los Apóstoles! Ilustradme con Vuestra gracia para que mire como basura estos bienes, poniéndolos debajo los pies, y no usándolos sino según sea Vuestra santísima voluntad. ¿Qué juicio formamos de la pobreza? ¿En qué grado de ella debiéramos estar? ¿Cómo se halla nuestro corazón respecto de las cosas materiales?

Punto 2.º Ejemplos de pobreza que dió Cristo.—Considera en este punto los raros y admirables ejemplos que Cristo nuestro Señor te dió de la pobreza¹, ejercitándola en todas las edades de su vida y en todas las cosas que son materia de ella. Pondera cómo escogió pobre Madre, pobre patria y un pobrísimo portal para nacer, siendo reclinado en un pobre pesebre. En su mocedad ejercitó pobre y despreciado oficio, ganando la comida con el trabajo de sus manos, y viéndose no pocas veces, como dice san Buenaventura, privado hasta de las cosas necesarias. Durante su predicación, comía de la limosna que le daban las personas devotas, que compartían con Él sus escasos alimentos; su comida era de ordinario pan de cebada y algún pececillo. No pocas veces padecieron hambre Él y sus discípulos, los cuales, acosados de la necesidad, habían de coger y desgranar las espigas de trigo que hallaban junto al camino y comer sus granos. No tenía casa propia ni donde reclinar la cabeza, faltando al Hijo de Dios lo que no falta á las raposas y á las aves del campo. Escogió además pobres discípulos, acompañóse con pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropióse de la propia voluntad y de sí mismo con excelentísima pobreza interior, diciendo² que no vino á hacer su voluntad, y que no podía hacer nada por sí, sino lo que viese hacer á su Padre. Y, finalmente, cuando murió, llegó su pobreza á tal extremo, que le tomaron sus vestiduras, dejándole desnudo en la cruz. Y en confirmación del amor y estima que tenía á la pobreza, la puso en este sermón por fundamento de su Evangelio, y por puerta para entrar en su escuela, diciendo³ que quien no renunciaba, siquiera con el afecto, á las cosas que poseía, no podía ser su discípulo. ¡Oh Maestro soberano,

¹ Luc., viii, 3; S. Thom. — ² Joan., vi, 38. — ³ Luc., xiv, 33.

que, no contento con haber predicado la pobreza, la escogéis por compañera inseparable de vuestra vida! Imprimid de tal modo en mi alma vuestras enseñanzas y ejemplos, que jamás me olvide de ellos, buscando en la imitación de vuestra pobreza todo mi honor, gloria y riqueza sempiterna. ¿Hemos considerado nosotros la pobreza de Jesucristo? ¿Deseamos imitarla?

Punto 3.º Premio de los pobres y castigo de los ricos.—Considera en este punto la excelente promesa que hace Cristo nuestro Señor á los pobres de espíritu, de los cuales dice¹ que es el reino de los cielos. En este mundo poseen ya el reino de Dios, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, porque tienen la justicia con abundancia de buenas obras; paz sin ruido de turbaciones, y gozo espiritual libre de tristezas y congojas, por haber quitado la codicia, raíz de todos los males que impiden estos bienes. De este modo alcanzan la bienaventuranza que se puede disfrutar en esta vida, poseyendo también la esperanza y prendas de que han de obtener el reino de los cielos; al modo que el que dió el precio de una cosa tiene prendas de que le darán la misma cosa á que tiene derecho. Mira la felicidad inmensa que en la gloria ha preparado Dios nuestro Señor para ti, si ahora eres pobre de espíritu; pero teme también los castigos que sobre ti lloverán si, rehusando practicar la pobreza, pones tu corazón en los bienes de la tierra. Pondera para esto la terrible amenaza que Cristo nuestro Señor hace á los ricos que aborrecen la pobreza de espíritu y aman con demasía las riquezas, diciéndoles²: «¡Ay de vosotros, ricos, que aquí tenéis vuestra consolación!»; que es decir: Desdichados sois vosotros, porque todo vuestro premio pasará en el consuelo que tenéis con vuestras riquezas, recibiendo aquí vuestro galardón. No recibiréis vosotros el consuelo de Dios, que es puro y verdadero, sino el vuestro, que está mezclado con mil zozobras. No será vuestro el reino de los cielos, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo³, porque estaréis llenos de injusticia, turbación y tristeza en este mundo, y, después, como el rico avariento, caeréis en la extrema miseria del infierno. ¿Nos asombra el premio que Dios da á los pobres y el castigo de los ricos? Si ahora muriésemos, ¿qué suerte nos tocaría? ¡Oh Padre amantísimo! Ya que no queréis que nadie se pierda, sino que todos se salven, suplicóos arranquéis de mi corazón el afecto desordenado á las riquezas, á fin de que el amor á la tierra no me haga perder el cielo, y por buscar lo temporal venga á menospreciar lo eterno.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán sublime y perfecta es la doctrina de Jesucristo! La primera piedra del edificio de la perfección que desea levantar, es tan preciosa y rara, que los filósofos todos de la antigüedad no alcanzaron á descubrirla. Bienaventu-

¹ Matth., v, 3. — ² Luc., vi, 24. — ³ Rom., xiv, 17.

rados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados aquellos que no ponen su corazón en las cosas que poseen; mas dichosos los que con efecto se desprenden de todo lo material, y mucho más todavía los que guardan su corazón libre de toda afición al propio gusto y contento, á la voluntad propia y aun á sí mismos, teniéndose por nada delante de Dios. ¿Has llegado tú á tal perfección? Jesucristo, como buen Maestro, no se contenta con predicarla, sino que pasa adelante á practicarla, dándote ejemplo para que le imites. El es pobre en su niñez, mocedad y edad viril: pobre en las personas de quienes se rodea, en los vestidos que usa, en las comidas, en los viajes, en el descanso, en todas partes: ejercita la pobreza en Belén, en Egipto, en Nazareth, durante la predicación y en su muerte. Razón tiene para decirte: «Ejemplo te he dado para que obres como Yo lo he hecho». Feliz tú si sabes seguir los ejemplos de tu Salvador. El reino de los cielos es ya tuyo, porque has dado el precio de él. Aquí disfrutarás de la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, y en el cielo nadarás en un mar de deliciosas y eternas riquezas. ¿Qué debes, pues, hacer? ¿Qué propósitos? Piénsalo con madurez, y ora con fervor.

57.—SEGUNDA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo Jesucristo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra».

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús predicando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de entender y practicar la mansedumbre.

Punto 1.º *En qué consiste esta mansedumbre.*—Considera cómo la mansedumbre es una virtud moral que tiene por objeto el refrenar los ímpetus de la ira. Varios son los actos que abraza esta virtud para llegar á la perfección con que desea Cristo nuestro Señor que la posean sus discípulos¹. El primero es reprimir los ímpetus interiores de la ira, y las turbaciones del corazón, conservando la quietud interior y exterior en el semblante del rostro y en los meneos del cuerpo, de tal modo, que no te lleven tras sí los arrebatos de la cólera, sino que conserves un completo dominio de tu pasión y de tí mismo. El segundo acto consiste en las palabras, siendo afable con todos, usando de palabras blandas, sin decir ninguna que sea injuriosa y desabrida, ni con voz desordenada, ó con porfía que cause turbación, cumpliendo lo que dice Santiago², siendo pronto para oír y tardo para hablar, pesando bien lo que dices, y pasando por la lima de la razón todo lo que habla la lengua. El tercero consiste en que, no sólo no quieras vengar las injurias ni volver mal por mal,

¹ Matth., v, 4. — ² Jacob., i, 19.

sino antes dejes de resistir con violencia injuriosa al que te hace injuria, llevándola y sufriendola con serenidad y sosiego, ofreciendo, si es menester, el carrillo derecho¹ á quien te diese una bofetada en el izquierdo; volviendo bien por mal; haciendo favores á aquel de quien recibes daños; excusando con caridad al que te ofende, y rogando á Dios que le perdone. Y esta mansedumbre, no sólo debes conservarla con los mayores, sino también con los iguales y aun con los menores, y en todos los negocios y sucesos, aunque tuvieses necesidad, por razón de tu estado, de usar del celo de la justicia. Reflexiona ahora tus pensamientos, palabras y obras, y verás cuán pobre te hallas de esta virtud, porque ni sabes enfrenar los arrebatos de tu cólera, sino que te llevan hasta proferir palabras de que te has de arrepentir; ni sabes ni quieres perdonar ó excusar las ofensas que recibes de tus prójimos, llegando á consentir en pensamientos de venganza, y deseando llevarlos á efecto. Pues ¿cuándo, alma cristiana, aprenderás á ser mansa? ¿Cuándo dominarás la ira? ¿Qué debes proponer para eso? ¡Oh Dios de bondad y de amor! Vos, que hacéis salir el sol² para los justos que os aman y para los pecadores que los ofenden, y enviáis vuestra lluvia benéfica sobre el campo del bueno y del malo, concededme un espíritu tan fuerte y un corazón tan grande, que nunca sea arrastrado por la pasión, sino que, venciendo á sí mismo, logre conquistar la ciudad de vuestra gloria.

Punto 2.º *Ejemplos de mansedumbre que dió Jesucristo.*

—Considera aquí la excelentísima mansedumbre de Jesucristo, de la cual se preció tanto, que se dió por modelo y dechado de ella, diciendo³: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón». Los profetas le habían anunciado bajo la figura de un manso cordero que es llevado al matadero sin quejarse, ni resistirse, ni dar la menor señal de ira. De Él había dicho Isaías⁴ que no sería triste, ni revoltoso, ni vocinglero, ni apagaría la torcida que humeaba, sufriendo el humo á narices. Jesús comenzó á ser manso desde su misma niñez. Los demás niños de su edad decían, hablando de este divino Niño, según san Dionisio: *Eamus ad suavitatem*; vámos al que es la misma mansedumbre. Durante su vida apostólica, ¿quién podrá referir los raros ejemplos que dió de esta virtud? Si se ve rechazado por aquellos á quienes llenaba de favores, calla; si quieren precipitarle desde la cumbre de una montaña, tranquilamente pasa por medio de sus enemigos, sin obligarles á escarmentar por su temeridad. Mira cómo se porta cuando es cubierto de oprobios y afrentado con injurias. Le llaman samaritano, amigo de publicanos, endemoniado, profanador de la ley de Moisés, y pudiendo fácilmente castigar á tales blasfemos, se contenta con dar muestras las más elocuentes

¹ Matth., v, 39. — ² Matth., v, 45. — ³ Matth., xi, 29. — ⁴ Isai., xlii, 2.

de mansedumbre. Pero pondera, sobre todo, la excesiva mansedumbre de Jesús en su Pasión, en la cual no se contenta con sufrir callando, y disimular las injurias que recibe, sino que las ofrece con su sangre por el bien y salvación de los que se las hacen, rogando fervorosamente por ellos y excusándolos del único modo que puede. ¡Oh mansísimo Cordero! ¿Á quién no admira vuestra extraña mansedumbre, que, siendo desollado con azotes, no abríais vuestra boca ¹ para quejaros, ni teníais pensamientos de castigo contra vuestros verdugos, cuando tan fácil os hubiera sido aniquilarlos? Concededme vuestra copiosa gracia, para que nunca deje de imitaros en ella. Y nosotros, ¿cuándo y de qué modo podemos y debemos imitar la mansedumbre de Jesús?

Punto 3.º Premio de los mansos.—Considera en este punto el premio que Cristo nuestro Señor promete á los mansos, para que te muevas á serlo. Ellos, dice el Señor, poseerán la tierra; porque primeramente serán dueños de la tierra de su corazón y de sus pasiones, poseyendo sus almas con firmeza, y dentro de ellas á su Dios y Señor, con quien tienen trato familiar, como el mansísimo Moisés y el manso David; porque gusta Dios nuestro Señor de enseñar sus caminos á los mansos ², y de conversar con ellos. Poseen también la tierra de los corazones humanos, porque con su suavidad ganan las voluntades de todos, y haciendo sus obras con mansedumbre, son amados más que la honra y gloria ³. Y así como el soberbio no puede tener paz con nadie, y es de todos aborrecido, el manso vive en paz con todos; con los superiores, á quienes respeta y obedece; con los iguales, á quienes no se antepone y trata con dulzura; con los inferiores, de quienes por su trato manso se hace amable, inspirándoles confianza; y así es de todos amado. Finalmente: los mansos poseerán algún día la tierra prometida de los vivos, que es la patria celestial para que fueron criados, adonde poseerán á Dios nuestro Señor, que es su herencia y patrimonio, y serán poseídos de Dios, el cual mora y descansa sobre los mansos, y de ellos puebla los cielos. Mira con los ojos del entendimiento aquella tierra dichosísima, región de vivos, donde ninguno puede morir, valle de deleites que mana leche y miel, tierra de bendición y de regadío, fertilizada con aquel río de agua cristalina que mana del trono de Dios ⁴, en cuya ribera tiene muchedumbre de árboles de vida, cargados de abundantes y variados frutos. Esta tierra te dará el Señor, si eres manso. ¡Oh Espíritu divino, que como mansa paloma descendéis ⁵ sobre los que son mansos corderos, por la semejanza que con Vos tienen! Hacedme semejante á Vos en la mansedumbre, para que posea con firmeza la unión de vuestra gracia y después la herencia y tierra prometida de la

¹ Matth., xii, 19; Isai., liii, 7. — ² Psalm. xxiv, 9.

³ Eccles., iii, 19; Psalm. xxxvi, 9. — ⁴ Apoc., xxii, 1. — ⁵ Joan, 1, 32.

gloria. ¡Oh alma! Mira cuál será tu suerte si eres mansa. ¿Deseas serlo? ¿Qué medios debes adoptar?

Epílogo y coloquios. ¡Bienaventurados mil veces los mansos! Tales son aquellos que saben enfrenar los impulsos de la ira, los movimientos del genio y los arrebatos de la pasión, sin dar muestra alguna de turbación; aquellos que son tan comedidos en las palabras, que jamás profieren ninguna que no sea inspirada por la más amable caridad; aquellos que, olvidando con suma facilidad las injurias, en lugar de vengarse del que les injurió, son blandos con él, dándole bien por mal, excusándole con amor, disimulando con caridad, y hasta rogando por él. Dichosos son estos tales, porque, haciéndose, en cuanto pueden, semejantes al mansísimo Jesús, modelo perfectísimo de mansedumbre, se harán acreedores al premio que ha prometido á los mansos. Ellos poseerán la tierra de su corazón, dominando y gobernando sus pasiones con la mayor facilidad y eficacia; ellos poseerán los corazones de sus hermanos, triunfando de ellos con la mansedumbre; y, por fin, ellos poseerán la tierra feliz, abundante y deliciosa de los vivos, en la que serán reyes por toda la eternidad, ya que durante su vida supieron reinar sobre sí mismos. ¿Has procurado tú, hasta el presente, hacerte digno de tales premios? ¿Te has esforzado en ser manso con tus superiores, iguales é inferiores? ¿No te arguye la conciencia de algún ligero pensamiento vengativo, de alguna expresión ó palabra dura y áspera, de alguna acción poco conforme con la mansedumbre? Si es así, procura remediarlo, y para esto indaga cuándo y por qué causas te dejas arrastrar de la ira, y aplica la segur á la raíz, haciendo propósitos, pidiendo gracia para cumplirlos, y rogando fervoroso por todas las necesidades que tienes encargadas.

58.—TERCERA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo Jesús: « Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados ».

PRELUDIO 2.º Representate al Salvador diciéndote estas palabras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ejercitarte en el llanto, que puede hacerte bienaventurado.

Punto 1.º En qué consiste el llanto bienaventurado.—Considera los actos que abraza el llanto que llama Jesús bienaventurado, que son cuatro los principales. El primero es enfrenar las risas, juegos y entretenimientos demasiados, cercenando, no solamente los ilícitos, sino algunos que pudieras tomar sin pecado, diciendo aquello del Eclesiastés ¹: « Á la risa tuve por error, y al gozo dije: ¿por qué me engañas? » El segundo acto consiste en llo-

¹ Eccles., ii, 2.

rar los pecados, no tanto por el daño propio que con ellos te ocasionas, cuanto por la ofensa que haces á Dios, al modo que los lloraba el apóstol san Pedro; y como David, que decía ¹: «Arroyos de lágrimas salieron por mis ojos, porque no guardaron tu santa ley». El tercero es llorar por los pecados de los hombres, así por su daño y condenación, como por la injuria que hacen á Dios, doliéndote de ver cuán mal servido es, al modo que Jeremías ² sentía la perdición de su pueblo y deseaba que sus ojos se convirtiesen en fuentes de lágrimas, para llorar de día y de noche sus miserias. El cuarto es llorar tu destierro y la ausencia de Dios, suspirando por gozar de su presencia, diciendo con David ³: «Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, mientras me están diciendo: ¿Dónde está tu Dios?» Estas son lágrimas que Jesús llama bienaventuradas, las cuales causan gozos más puros y exquisitos que todos los deleites de los sentidos. Las primeras lágrimas son de contrición; las segundas son de compasión; las terceras son de devoción, y con ellas tienen semejanza las que se derraman meditando la Pasión de Cristo; y las cuartas son de puro amor, por el deseo de unirse con el Amado. Pondera ahora la falta que tú tienes de tales lágrimas, no sólo de las corporales, que suelen faltar sin culpa, sino también del espíritu de donde ellas nacen, y llorando tu sequedad, has de decir á nuestro Señor lo que dijo la hija de Caleb á su padre ⁴: «La tierra que me diste es seca y estéril; dame otra que tenga agua; y su padre la dió el regadío superior y el inferior». ¡Oh Padre soberano! Mi alma es como tierra sin agua; dadme el riego inferior, que son lágrimas de temor, y el riego superior, que son lágrimas de amor, para que de tal modo lllore mis pecados y miserias y las de todos los mortales, que alcance de vuestra misericordia remedio para ellas. ¿Deseamos nosotros estas lágrimas? ¿Qué hacemos para alcanzarlas?

Punto 2.º *Jesucristo derramó las lágrimas que llama bienaventuradas.*—Considera aquí cómo Jesucristo practicó con la mayor perfección la virtud que te recomienda en esta bienaventuranza. Porque de Él no se lee que nunca riese, como dice san Basilio ¹; y, por el contrario, sabemos y nos consta que lloró varias veces. En el pesebre, en su nacimiento, lloró, como lloran todos los niños, aunque no tanto por el dolor que padecía como ellos, cuanto por lo que tú habías de padecer por tus pecados, deseando con sus lágrimas enjugar y limpiar la causa de las que debieras derramar y no derramas. En la muerte de Lázaro lloró de compasión por el dolor que experimentaba aquella familia tan querida suya, y por los males espantosos que había acarreado el pecado al mundo, especialmente la muerte que tenía delante

¹ Psalm. cxviii, 136. — ² Jerem., ix, 1. — ³ Psalm. xli, 4.

⁴ Josue, xv, 19; S. Greg., lib. 1, Dialog. — ⁵ Regul. 17.

de su vista. Lloró también al entrar en la ciudad de Jerusalén, viendo la ingratitude de sus habitantes, que no conocían el bien que por sus puertas les entraba y los enormes castigos temporales y eternos que habían de venir sobre ellos, por no haberse querido aprovechar de su amorosa visita. En la cruz derramaría muy tiernas lágrimas, rogando fervorosamente por sus perseguidores, doliéndose más del daño que á ellos les venía, que de las penas que Él mismo sufría. Finalmente, como dice san Pablo ¹, en los días de su carne, que es de su mortalidad, oraba muchas veces con lágrimas, hasta que en el huerto de Getsemaní oró, sudando, no gotas de agua, sino de sangre, como quien lloraba lágrimas de sangre por todos los poros de su cuerpo natural, por los pecados y miserias de su cuerpo místico. Todo lo cual debe ser para ti un motivo poderosísimo para ejercitarte en esta virtud; porque si aquel Señor, que es la misma alegría esencial, que sin un milagro estupendo no podía sufrir tristezas, quiso hacerlo para poder enseñarte á derramar lágrimas con su ejemplo; ¿qué será razón que hagas tú, viviendo en un valle de lágrimas, expuesto á continuas caídas, y no sabiendo la suerte eterna que te tocará? ¡Oh dulcísimo Jesús! Convertid mis ojos en fuentes de lágrimas, para que os acompañe en las vuestras; pues no es razón que lloréis Vos, siendo inocentísimo, y ría yo, miserable pecador.

Punto 3.º *Premios de los que lloran.*—Considera en este punto cómo el llorar, que en los ojos del mundo es señal de miseria, en los de Cristo lo es de bienaventuranza, prometiendo á los que lloran que serán consolados en lo mismo porque lloran. Si lloran por sus pecados, teniendo de ellos vivo dolor, alcanzarán el consuelo del Señor, perdonándose los generosamente, y dándoles gracia para que jamás caigan en ellos, si se conservan fieles á la misma. Si lloran los pecados ajenos, Dios convertirá su llanto en gozo ², haciendo que se conviertan aquellos por cuya salvación lloran, ó á lo menos les concederá otras gracias mayores, que les descubran la bondad que con ellos ha usado el Señor. Si lloran el destierro del mundo en que se hallan, sentirán nacer y aumentarse la esperanza de que tendrán fin los trabajos, y vendrán presto los consuelos eternos ³, en los que aquel que es el verdadero consolador, y que se llama el Dios de todo consuelo, enjugará por sí mismo estas lágrimas, y comunicará tal hartura de bienes, y tal seguridad de poseerlos para siempre, que jamás la tristeza más insignificante pueda venir á aguar el contento. ¡Dichosas lágrimas, que con tantos consuelos son premiadas! Pondera finalmente la amenaza que dirige Cristo nuestro Señor á los que siguen el camino opuesto ⁴: «¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque después lloraréis!» De suerte que, si

¹ Hebr., v, 7. — ² Psalm. xxix, 12. — ³ Apoc., vii, 17. — ⁴ Luc., vi, 25.

desenfrenadamente te entregas á risas y vanos placeres, después se te seguirán amargas lágrimas y terribles pesares, ó en esta vida, sucediendo el llanto al gozo, como dice el Sabio ¹, ó en la otra, adonde, como dice el Salvador ², habrá llanto y crujimiento de dientes, conforme á la sentencia que se dió contra Babilonia ³. «Cuanto se glorificó en los regalos, tanto reciba de tormento y llanto; porque dijo en su corazón: Nunca sabré qué cosa es llanto». ¡Oh Juez justísimo, que á todos dais lo merecido, consolando á los que lloran sus pecados, y afligiendo á los que se alegran de ellos! Dadme vivo y claro conocimiento de la malicia que en ellos se encierra, y de los daños que me causan, para que, llorándolos aquí con dolor, merezca ser consolado para siempre. ¡Oh alma mía! ¡Mira cuán distinto es el término á que conducen las risas y llantos de esta vida! ¿Qué es lo que tú preferieres?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán de raíz combate y destruye Jesús las aspiraciones del mundo! Éste desea gozar, te convida á risas y entretenimientos, te ofrece goces y pasatiempos deliciosos y recreativos; Jesucristo te dice: «Bienaventurados los que lloran; y ¡ay de los que ahora ríen!» No pretende, por cierto, el prohibirte toda alegría, aunque moderada; muy al contrario, no se cansa de recordarnos, por sí y por sus ministros, que nos alegremos. Lo que Jesús desea es que no pongas tu corazón en los goces mundanos; que llores tus pecados y los de tus prójimos, y que, considerando este mundo como un destierro, suspires por tu patria, por el cielo, en donde se halla únicamente el verdadero consuelo. Este es el llanto bienaventurado, en el que se ejercitó durante su vida mortal el divino Redentor; quien jamás se dice que riera, y se sabe que lloró repetidas veces, como en el pesebre, en la muerte de Lázaro, sobre Jerusalén, y en la cruz. Este llanto es más dulce que todos los placeres del sentido, y llena el alma de dulcísimo consuelo, ya en este mundo, recibéndole en las mismas cosas que le hacen llorar, y, sobre todo, en el otro, trocándolo el Señor en gozo sempiterno. ¡Oh! ¡Si tú imitases á Jesucristo, tu Maestro, en este llanto! ¿Acaso te faltan motivos para llorar? ¿No sientes á tu alma aprisionada con tantas pasiones, caída en tantos pecados, expuesta tan repetidas veces á la eterna condenación? Piénsalo atentamente. Haz firmes propósitos de no entregarte á alegrías desordenadas, y para cumplirlos, ruega con fervor á Jesús, pidiéndole por ti y por todo el mundo.

¹ Prov., xiv, 13. — ² Matth., viii, 12. — ³ Apoc., xviii, 7.

59.—CUARTA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo Jesús á las turbas y discípulos que le escuchaban: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos».

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo diciendo estas palabras.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de tener siempre esta hambre y sed.

Punto 1.º En qué consiste esta hambre y sed.—Considera cómo el hambre y sed de justicia de que te habla Jesús en esta bienaventuranza no es otra cosa que un ardiente deseo de la virtud y santidad, y de todas las cosas que son necesarias para alcanzarla. Abraza cinco actos. El primero es desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligación para con Dios y para con los prójimos, sin dejar ninguna, haciéndolas con mucho gusto, sin tedio ni fastidio, aunque sean desabridas á la carne; así como el que come con hambre y bebe con sed, come y bebe todo lo que ha menester con gran gusto; porque, como dice el Sabio ¹, «el alma hambrienta tiene por dulce lo amargo». El segundo acto es desear crecer más y más en las virtudes, trazando de continuo nuevas subidas en su corazón, pareciéndole ser poco lo que tiene y mucho lo que todavía le falta. El tercer acto es tener hambre y sed de que en el mundo haya esta justicia, y que todos la procuren y guarden, evitando los pecados y todo aquello que pueda ser escollo ó peligro para perderla, ofreciéndose á padecer hambre temporal y cualquier otro trabajo en razón de que ella prevalezca. El cuarto es desear entrañablemente recibir sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente, á Cristo nuestro Señor, que es nuestra justicia, y desear beber el agua viva de su gracia y el vino y leche de las divinas consolaciones, corriendo con gran sed á los Sacramentos y á la oración y meditación, que son las fuentes ² de donde manan. El quinto y último acto es desear fervientemente la corona de justicia, suspirando por ver á Dios, para sentarse con Cristo á su mesa y comer y beber lo que para siempre te ha de hartar. Pondera cómo en esta hambre y sed consiste el verdadero fervor del espíritu, opuesto al vicio de la pereza, el cual es tan necesario á los que sirven al Señor, que sin él es imposible hacer algún progreso en el camino de la perfección. Avergüenzate de hallarte tan falto de él, sintiendo tanto fastidio de las cosas y manjares del espíritu, mientras que tienes tanta hambre de los manjares del cuerpo. ¿No es esto lo que te sucede? ¿No sientes el peso de tu cuerpo terreno? ¡Oh Espíritu divino! Vos, que con tanta facilidad y tan de repente trocasteis los corazones de los Apóstoles, haciéndoles de tibios fervorosos, de tímidos valientes, comunicadme una chispa de este amor que

¹ Prov., xxvii, 7. — ² Isai., xii, 3.